

Dechado

{Nutrir el vacío}

Ana Milena Gómez*

*

Soy magíster en artes plásticas y visuales, tejedora, mamá, profesora de artes para niños y jóvenes. Mi práctica artística está atravesada por el hacer textil; tengo un interés especial por el trabajo con mujeres, por la juntanza en espacios colectivos como los costureros.



Dechado de calados en lino

Año: 1920 (?)

Manuela Sánchez

El dechado de mi bisabuela materna se resistió al olvido, durante años pasó de un armario a otro, fue envejeciendo con un olor dulzón y con ese tono amarillento con que se tiñen las telas que han arropado cuerpos; telas que han celebrado los nacimientos y las muertes en las familias. Esta pieza textil llegó a mis manos como una respuesta a la pregunta por la genealogía de mi trabajo artístico, llegó como llegan las cosas que no se esperan, en silencio y de puntillas; fue el inicio de un rastreo del hacer textil en mi linaje femenino, también el principio de un archivo de piezas sin terminar, de retazos, de fragmentos que se salvaron del desgaste de las fundas y de las sábanas; piezas deshiladas, bordadas y tejidas, objetos contenedores de memoria que señalan maneras de ocupar el tiempo, de generar conocimiento y pensamiento.

El dechado de *Mamaela* es una tela - mapa en donde aprendo a reconocer los gestos que hicieron sus manos que a la vez son las manos de mis tías abuelas, las de mi madre y quizás algún día las mías.

Es una tela de lino que alberga diminutos gestos textiles realizados con precisión y delicadeza, con movimientos amorosos que deshilaron y abrieron espacio para reconstruir con puntadas que ya perdieron sus nombres y crearon así telas sostenidas por un trabajo de remiendos que son invisibles (Tania Pèrez-Bustos)

Trayectos dibujados con hilos y vacíos, con palabras y silencios, destejer para revelar la imagen vacía, vaciada decir algo en el desalojar

Mamaela estudió en el colegio con las monjas Vicentinas en Salamina, en el viejo Caldas, aprendió oficios heredados de la colonia y las labores que debían realizar las 'buenas esposas', fue una mujer privilegiada que aprendió a leer y a escribir con linda letra, esto le permitió casarse mayor (a los 25 años) y trabajar en una notaría, todo un logro para una mujer de provincia durante la primera mitad del siglo XX.

El aprendizaje del oficio textil sucedió en primera instancia en el ámbito escolar y su permanencia se garantizó en el espacio doméstico y colectivo con su familia, ella le enseñó a sus hijas y nietas a bordar y a calar . Después de pertenecer a una familia acomodada, de gozar de cierta independencia, se casó con un arriero con quien se fue a vivir al campo; ella se encargó de la crianza de los 11 hijos, de los animales y las tareas domésticas. Nunca dejó de bordar y calar.

Hoy intuyo que esas horas en silencio y de presencia plena que exige la tarea del calado fueron para ella bálsamo y la posibilidad de conectar con un mundo interior, una manera de tener una habitación propia - mientras cocinaba, paría o ama-



Fotografía de archivo

Familia García Sánchez, mi bisabuela segunda izq. fila superior.

mantaba- también un espacio de emancipación que no estuvo dispuesta a ceder.

En los relatos familiares los encuentros en los costureros son recuerdos comunes de las mujeres de mi familia materna, allí se daba la enseñanza y el aprendizaje de las puntadas, también circulaban consejos sobre la crianza y el cuidado: recetas de cocina para niños, enfermos, embarazadas, *endietadas* y remedios caseros elaborados con las plantas del jardín propio o de la vecina.

Los costureros devienen en espacios de creación, de solidaridad, de cura y construcción colectiva: se anudan afectos, se hacen y deshacen pensamientos, se cortan hilos, se remienda, se perfora, se hacen duelos y también se celebra la vida y la belleza, se tejen redes de apoyo que sostienen; se crean imágenes, objetos cargados de memoria, hechos de materiales y cosas corrientes que son parte de la cotidianidad y son esencialmente relacionales (Rolnik, 2001).

Mi práctica artística se nutre en estos espacios colectivos y domésticos donde se tejen la vida los afectos, donde el oficio textil atraviesa los cuerpos y se encarnan los saberes.

El dechado de Mamaela habla de su pericia y del tiempo empleado en la labor, un tiempo femenino, circular, semejante a los tiempos de

la siembra, la cosecha, la cocina y la crianza; tiempos de espera, tiempos que se tornan en resistencia.

El dechado ha sido una pieza clave para la enseñanza y el aprendizaje de oficios textiles como el calado, es un catálogo personal, una tela literata, una tela-texto que habla del saber-hacer de quien lo realiza; también de un tiempo que no transcurre linealmente y sí de la ocupación del mismo.

A pesar de la tendencia de los dechados a desaparecer, en Cartago (Valle del Cauca) estas piezas aún circulan en los costureros de las maestras bordadoras, como en el de doña Elsa González y Olivia Giraldo*, ellas me enseñan a calar observando los suyos que guardan con mimo, como quien atesora un secreto. Ellas leen las puntadas contando las hebras (que a veces no se terminan del todo para recordar el proceso), algunas conservan los nombres que doña Elsa aprendió en el colegio de monjas, otras tienen el nombre de quienes las han inventado: Rubi, Carmencita; otras recuerdan la flora y el paisaje de la región: montañitas, siemprevivas y otras dan cuenta del grado de dificultad como : tardanza, cabeza de alfiler o punto de espíritu.

En el oficio tradicional del calado se utilizan los mismos hilos que se sacaban de la tela (lino o algodón blanco o crudo) para hacer la labor del bordado, en Cartago algunas bordadoras emplean diferentes hilos de colores y grosores, creando diseños

propios a partir de las puntadas básicas, ejercicios que forman parte de un proceso de creación personal (Flores 2014, 148)

Encuentro en esa decisión un gesto sutil y potente de descolonización: la creación de diseños por parte de mujeres de una región del país que en su memoria conservan saberes ancestrales de diseños coloridos probablemente pintados o tejidos en telares que se incorporan en las superficies blancas heredadas de la colonia.

El dechado de mi bisabuela, me habla de ella y de su tiempo, también de esas mujeres que han encontrado en el hacer textil un trabajo de manos con el que han sostenido familias enteras y han contribuido al cuidado de la vida y a la permanencia de los mismos, oficios que generan conocimiento y pensamiento desde el cuerpo.

La instrucción que ella les daba a sus hijas y nietas cuando les enseñaba a calar deviene en invitación para transitar estos días difíciles:

Primero hay que deshilar la tela para luego nutrir el vacío

Bibliografía

Flores, Mayela. 2014. «Dechado Mexicano.» Miradas 146-150. México

Pérez - Bustos, Tania (2021). Gestos Textiles: un acercamiento material a las etnografías, los cuerpos y los tiempos. Bogotá : Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.

Rolnik, Suely. (2001). El arte cura? Quaderns portàtils. Barcelona: MACBA.

***Ana Elsa González**

(88 años) maestra bordadora que ha transmitido su conocimiento a varias generaciones, es poseedora de puntadas muy complejas que ya no se enseñan. Ganadora cinco veces de la aguja de oro, reconocimiento de la región a las mejores bordadoras

***Olivia Giraldo**

Maestra bordadora que aprendió con doña Elsa, participó en un proyecto de enseñanza a hombres privados de la libertad en la cárcel de las Mercedes en Cartago.